

**COLECCIÓN
LA MUCHACHA DE DOS CABEZAS**



**SOBRE EL SENTIDO DE LA VIDA EN GENERAL
Y DEL TRABAJO EN PARTICULAR**

YUN SUN LIMET

TRADUCCIÓN DE SARA ÁLVAREZ PÉREZ



errata naturae

A mis amigos, ellos se reconocerán.

A Vincent.

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2016
TÍTULO ORIGINAL: *De la vie en général
& du travail en particulier*

© Les Belles Lettres, París, 2014
© de la traducción, Sara Álvarez Pérez, 2016
© Errata naturae editores, 2016
C/ Maestro Arbós 3, 3º, 310
28045 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-17-2
DEPÓSITO LEGAL: M-12404-2016
CÓDIGO BIC: HP / BJ
IMAGEN DE PORTADA: Lizzy Stewart
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

ergo exeundum ad libertatem est

Hay que encontrar, por tanto, una salida hacia la libertad

Séneca, *De vita beata*, IV, 4

CARTA I

Para: rose.selavy@free.fr

Mi querida Rose:

El diagnóstico de esta enfermedad denominada evolutiva, imagino que por eufemismo, se me echó encima hace dos días. No creemos en las palabras que pronuncia el médico, ni en su impacto. Tu mensaje y tu amistad me hacen bien. Desde la ventana de mi habitación de hospital puedo ver los edificios de viviendas del barrio. Balcones repletos de flores, terrazas con mesitas. Por la noche, los apartamentos se iluminan. Se percibe el movimiento en su interior, hay siluetas que pasan. La vida está ahí. Bien cerca. Casi al alcance de la mano. He pensado mucho en las grandes etapas de mi existencia durante estos últimos días. Y sé que ha perseguido un objetivo sin alcanzarlo en realidad del todo, pero ¿acaso alguna vez se alcanza? Ser libre. Tú me dirás: pero ¿qué es ser libre? ¿Vivir sin ataduras ni obligaciones? No. Es poder responder a las necesidades interiores. Vivir según elecciones que le dan sentido a esta vida. Y como estamos hechos de contradicciones, no siempre es fácil discernir lo que es necesidad y lo que es sentido. Uno querrá

cambiar el mundo, hacer de él tal vez un lugar mejor. Y para ello deberá hacer carrera, perderse, sacrificar su tiempo, su libertad, precisamente, olvidando quizá de paso los objetivos que se había marcado en la juventud. Otro querrá ser pintor. Pero no conseguirá vivir de su arte, y para subsistir deberá aceptar trabajar en ámbitos alejados de sus deseos profundos. Esto es, *a contrario sensu*, ser libre: tener la posibilidad material de llevar a cabo proyectos inmateriales (salvo para aquellos, desgraciadamente numerosos en estos tiempos de *greed*, para quienes el dinero es un objetivo vital, y cómo los compadecemos). Y que la posibilidad material esté en consonancia con los proyectos. Para decirlo de manera más sencilla, poder ganarse la vida con un trabajo que responda a un deseo personal y esencial. ¿Quién es libre? Algunos artistas, científicos, médicos, profesores o políticos que han tenido éxito piensan que todas esas hordas de almaceneros, basureros, representantes comerciales, telefonistas y empleados de *call centers*, ferroviarios, albañiles, cajeros, repartidores, fresadores, soldadores, revisores, encargados de manipulación, vigilantes de aparcamiento, personal de limpieza, todos ellos, se ganan la vida perdiéndola. ¿Pero cuántas veces llegamos a casa por la noche, extenuados, para ocuparnos además de las tareas domésticas preguntándonos por qué?

Y a continuación llega esta constatación terrible: pasamos más tiempo de nuestra vida con personas que no nos importan nada, o bastante poco, que no hemos elegido, que el sistema nos impone, que con aquellos que amamos, gracias a los cuales nuestra vida tiene sentido. Pienso en esa jefa de prensa de una importante editorial que un día descubre que su hija anda. La niñera le revela que, de hecho, hace ya varios días. Se ha perdido los primeros pasos de su hija. Fue la niñera quien asistió a ese momento tan importante, tan feliz. Momento del que se ha visto privada a causa de su trabajo. Y el cabreo se hace incontrolable. ¿Por qué nos obligamos a esto? ¿Por qué el trabajo? ¿Por qué no se puede escapar de él? Y todo quisque responde que nos aburriríamos todo el santo día en casa. La madre que termina su permiso de maternidad suele estar contenta de dejar el hogar para regresar al horario de oficina, lejos de los pañales. Ya ves, todas las contradicciones que conlleva el trabajo, el cual he cambiado momentáneamente por esta habitación de hospital. Pero el deseo de ser libre ha regresado, más fuerte que nunca. No cejaré en mi empeño por cumplirlo.

Un beso,
ysl

CARTA II

Buenos días:

Estoy fuera de la oficina por motivos de salud. Retomaré el contacto con usted a mi regreso.

Para: greg1234@bu.edu

Asunto: Re: Re

Mi querido Grégoire:

Sin duda has recibido este mensaje automático, como todos aquellos que, conocidos o desconocidos, cercanos o lejanos, han pasado por las vías que creemos inmateriales de la red. Mi ausencia. Ha debido de chocarte, probablemente te ha preocupado. Créeme, regresaré. Ya me conoces... Pero es cierto que, de repente, estar lejos del trabajo le da un relieve nuevo a lo que a veces sentimos como un peso, una carga, una fuente de estrés. Adeline me ha dicho que retomabas tus tres meses de seminario en Boston. Tal vez ya te has marchado. Te envidio un poco por estar en esa ciudad que adoro. ¿De qué vas a hablarles a tus estudiantes? Por mi parte, me gustaría profundizar en las notas sueltas que hace tiempo que tomo

sobre la cuestión del trabajo. Casualidad, me dirás. No, al contrario. Ya sabes que nuestras investigaciones nunca son intelectuales. Fingimos estudiar de forma científica y distanciada cuestiones que, en el fondo, nos son íntimas, desconocidas. En mi habitación de hospital un panel desaconseja a los pacientes que tengan un ordenador. Mi pequeño *notebook* blanco cabe afortunadamente en la caja fuerte del armario. El código sigue siendo el mismo, 3141, las primeras cifras del número. Así que voy a poder escribir un poco y te enviaré el fruto de mis reflexiones como buenamente queden. No te sientas obligado a responder...

Con toda mi amistad,
ysl

CARTA III

Para: rose.selavy@free.fr

Mi querida Rose:

Ya sabes las noches agotadoras que he pasado. Tengo la sensación de haber revivido la noche pascaliana. Aquella noche del 23 de noviembre de 1654 en la que el filósofo anota sólo el nombre de los santos del día, las horas y después la palabra «Fuego». No es que me haya convertido a nada, pero los temblores se apoderaron de mi cuerpo y de mi alma, que se agitaban hacia todos lados, sacudiéndose como si trataran de expulsar de sí otra cosa. Una especie de nacimiento. Mientras, la muerte ronda. Nos recuerdo niñas, adolescentes. He llorado al alba, en silencio, para no despertar a la compañera de habitación. Algo se termina. No sé qué exactamente.

Siempre tuya,
ysl

CARTA IV

Para: greg1234@bu.edu
Asunto: Entrega 1, como te anuncié
La caída original

Mi querido Grégoire:

La escena es bien conocida. La vemos profusamente en todas las pinacotecas del mundo occidental. Un hombre y una mujer desnudos huyen, atemorizados, de un jardín plagado de árboles. El cielo suele ser oscuro. Te ganarás el pan con el sudor de tu frente. El trabajo es una maldición divina. Por haber probado la fruta de la sabiduría, el hombre y la mujer son expulsados y abandonados a su suerte, deben subsistir mediante el trabajo. Sin duda es el momento bíblico que me resulta más incomprensible. Para empezar, ¿por qué desposeer así a la humanidad del conocimiento del bien y del mal, como indica la Biblia? ¿Y por qué presentar el trabajo cubierto de semejante pátina siniestra? «Maldita será la tierra por tu causa. Comerás de ella a cambio de un trabajo penoso. Producirá cardos y espinos, y te alimentarás de la hierba de los campos». A decir verdad, Adán y Eva, idiotas y felices en el Jardín del Edén —¿haciendo qué en todo el día?—,

no es algo que resulte especialmente cautivador. Y las generaciones de católicos que han escuchado estas lecturas debían regocijarse secretamente de esta «caída original» que les ofrecía una vida ocupada, con sus preocupaciones, claro está, pero ¿qué si no? ¿Atiborrarse de frutos autorizados? ¿Cuáles, por otra parte? Y la manzana, qué curioso destino el de esta fruta, de Eva a Steve Jobs). Demasiado poco para ellos.

Adentrarse en esta cuestión a través de la mitología bíblica tal vez no sea la mejor vía. Ya estoy escuchando a los teólogos, podrías sin duda citar sus nombres, clamando contra esta representación reduccionista, polvorienta tras siglos de un catecismo de fines más sociológicos que espirituales, y que malinterpreta la letra del texto hebreo en la que no se profiere ninguna maldición, sino en la que, algunos versículos antes de la pérdida del Edén, se recuerda que es de tierra de lo que está hecho el hombre. Trabajar esta tierra es una de sus misiones. Y cuando se evoca el trabajo como una labor penosa, afluyen inmediatamente otras imágenes, caras negras, contornos de ojos blancos, alucinados, al salir de sus pozos, niños fotografiados frente a máquinas en una fábrica de clavos en Ardenas en el siglo XIX, y todavía más, americanos esta vez, inmortalizados por Lewis Hine, descalzos en los bastidores hilando el algodón

en Georgia, enclenques, con el mono desgarrado, o más cerca de nosotros, en las horas punta, esos «metros llenos de ahogados», por citar a Brel¹. Está claro que hay que alimentarse, tener un techo, criar a los hijos. Y, para ello, obtener dinero de nuestra fuerza de trabajo. Todas las historias del trabajo muestran bien cómo hemos llegado hasta aquí. De una «caída original» que no es tal a la auténtica maldición que fueron la Revolución Industrial y el nacimiento del proletariado.

Continuará pronto.

Cuídate,

ysl

¹ Referencia a la canción «Voir un ami pleurer», de Jacques Brel. (Todas las notas, salvo que se especifique lo contrario, son de la traductora).